

HAY PALABRAS que permanentemente se encuentran en todas partes. Una de ellas, qué duda cabe, es la palabra “moderno”. Calificativo paradójicamente *demodé*, si los hay, parece revelar en quienes constantemente lo emplean una vaga pero inconfundible papatería, un gesto de aldeano con escasas luces que busca el prestigio de lo más actual y novedoso a través de palabras imprecisas, pero que supone muy actuales, como un empleado que tratara de hacernos olvidar su viejo y desteñido traje mostrando a cada momento un reloj de marca.

Allá por los años sesenta, un conocido banco repetía alegremente el *slogan*: un banco con ideas modernas. Además de que mediante este ejemplo puede comprobarse el desgaste a que es sometido el lenguaje a través de su utilización publicitaria (tal vez sea necesario el paso de tres generaciones de mexicanos para que alguien vuelva a emplear con naturalidad la palabra “obviamente”), existen términos y frases que parecen tener un sello de origen, una *marca*, y que sin duda no es sino reflejo del simple interés comercial, la evidente necesidad de vender una imagen o un producto.

Sin embargo, cuando la campaña cesa o es sustituida por otra, el *slogan* o la palabra clave quedan mal parados, inhibidos en el habla de la gente, pues fueron expropiados, ubicados en un contexto de intereses particulares, ampliamente difundidos y repetidos hasta el hartazgo para servir a un fabricante de jabón o de refrescos. Por eso, casi únicamente los niños y la gente más convencional puede repetir o hacerse eco de un jingle en el curso de una conversación, y creerlo un recurso divertido.

Algunas implicaciones del lenguaje empresarial en la educación pública: una interpretación

José Ignacio Colmenero Monroy*

En la actualidad este asunto llega a extremos irritantes, pues hay una serie de términos que uno encuentra en todas partes, desde las secciones de empleo en los periódicos, la televisión, hasta los folletos y libros de superación personal, mercadotecnia y negocios. Retos, líderes, éxito, competitividad, son palabras no sólo constantes sino claves en el vocabulario que se quiere empresarial, y parecen dotar de credibilidad a quien las emplea. Detrás de ellas parece asomar un pequeño gerente que dice: nuestro vocabulario tal vez sea limitado, pero tú y yo formamos parte de la misma comunidad de intereses. Por lo demás ¿quién necesita ser literato cuando se ingresa al deslumbrante mundo de los negocios? Aquí se requiere ser práctico y agresivo, pensar en cómo incrementar la

* Licenciado en Ciencias de la Comunicación y periodismo.

productividad, dotarse de una imagen respetable y quedar bien con el jefe, además de conocer la diferencia entre ser eficaz y eficiente, para esperar a que el olmo produzca peras.

Esta fraseología se dirige mayoritariamente a empleados de menor jerarquía, pues son quienes forman las nutridas legiones de los ávidos lectores de *best sellers*, toda vez que los denominados capitanes de empresa y los funcionarios encumbrados sólo leen, si acaso, las síntesis y reseñas que les preparan sus diligentes subordinados, para que no pierdan tiempo y puedan dedicarse al golf con entera tranquilidad.

Todo ello carecería de importancia si no fuera porque desde hace algún tiempo, prácticamente en todos los ámbitos de la esfera del gobierno federal, particularmente en el área educativa de nivel medio superior de la Secretaría de Educación Pública, tropezamos a cada momento con estos elementos de terminología pseudoempresarial. Inevitablemente, uno se siente tentado a sospechar que ello obedece a la orientación formativa y a la comunidad de intereses entre los integrantes de la jerarquía política y económica. También revela cierta avidez de estos políticos para proyectar la imagen de administradores "modernos", poseedores de un indudable espíritu emprendedor y conocedores del espíritu de los tiempos. Por eso, no parece casual que los integrantes de juntas directivas y consejos de administración de instituciones educativas oficiales sean connotados empresarios y representantes de organismos cúpula del sector privado.

Pero si uno se pone exigente, bastaría imaginarse la contraparte. ¿A quién buscarían estos políticos si quisieran contrapesar la representatividad? Tal vez a los jefes de la

CTM, CROM, CNOP y CNC. Con seguridad, no a los líderes de sindicatos independientes, mucho menos si se trata de maestros organizados, no tanto porque sean gritones y exigentes, sino porque no hablan ni quieren entender el lenguaje y las actitudes que los tiempos demandan: eficacia, competencia, iniciativa y liderazgo empresarial.

De salarios y mejoras en las condiciones de trabajo, programas de estudio y equipamiento en talleres, así como de contratos colectivos de trabajo y sindicalismo independiente, ni una palabra. A los funcionarios y a los respetables empresarios, esta fraseología debe resultarles más molesta que un chicle en la suela del zapato, y tan anacrónica como una tele en blanco y negro.

Desde el régimen de Salinas de Gortari, pero más acentuadamente en el sexenio que corre, se busca vincular al sector educativo con las necesidades de la planta productiva en nuestro país. El esfuerzo parece no sólo razonable, sino urgente y necesario. Al identificar y adecuar las necesidades de la oferta y la demanda en el mercado laboral, se facilita el ingreso y la permanencia en un puesto de trabajo, la posibilidad de autoempleo, así como la movilidad social por medio de la calificación laboral, entre otras ventajas para el estudiante y el trabajador. Desde la óptica de los empresarios, esto contribuiría a mejorar la calidad de los productos y servicios que ofrecen, incrementaría la productividad, disminuiría costos, generaría mayores ganancias y colocaría a las empresas en buena posición para competir a nivel nacional e internacional.

Lo malo es que estas iniciativas y proyectos sólo intentan mejorar la imagen personal y promocionar a políticos frecuentemente desacreditados pero ambiciosos. En

la realidad, los resultados son totalmente insatisfactorios y carecen de continuidad a través de los sexenios. En el caso de los empresarios metidos a decidir acerca de cuestiones educativas se trata, en primer lugar, de promover sus intereses como clase social, y en segundo, de consolidar relaciones personales mutuamente beneficiosas con políticos de cierto nivel, además de participar en la toma de decisiones que afectan el rumbo y la orientación del país en su conjunto. En suma, una cuestión de poder, donde la coherencia y la calidad de los esfuerzos educativos en un contexto bien articulado y con una visión de largo plazo, ocupan un lugar poco importante.

Producto de esta trama de intereses han sido las erráticas y confusas orientaciones educativas sexenales de una comunidad extremadamente limitada –numérica e ideológicamente–, de la que amplios sectores de la sociedad quedan excluidos parcial o totalmente. La sociedad mexicana es amplia y diversa, a pesar que desde arriba parezca compacta y previsible, pero capaz de dar un susto al menor descuido.

También de eso se trata. La creciente pauperización, atribuida siempre a errores pasajeros en política y economía, cuando no a factores externos, propicia una incómoda inestabilidad y obstaculiza la planeación de relaciones y carreras políticas, así como de los intereses empresariales estrechamente vinculados –y por tanto, altamente dependientes– a ellas. El incremento en la participación política ciudadana y los avances de la oposición, particularmente del PRD, han obligado a las cúpulas del poder a definirse políticamente. Si no estás conmigo, estás contra mí: tal es el imperativo categórico que permea las relaciones entre priistas y grandes empresa-

rios. Los incesantes y crecientes esfuerzos por vincular a los hombres del dinero con las estructuras del poder del PRI (por ejemplo, la formación de las llamadas “células empresariales” en las campañas), se complementan con mayores participaciones de la iniciativa privada en todos los ámbitos del poder del Estado. Es claro que dicha participación ya se había manifestado en el pasado, pero en pocas ocasiones como ahora puede observarse con tanta nitidez su influencia en el *estilo* de hacer las cosas.

Lo importante es que ello permite inferir cierta transformación en el acento: un cambio de rumbo y de objetivos, otra manera de trabajar para alcanzarlos. Y esto resulta particularmente notable en el sector educativo y en el lenguaje que busca implantar la jerarquía a cargo: nuevamente eficacia, productividad, optimización de recursos, liderazgo, modernización. A los profesores y empleados administrativos de diversas instituciones educativas oficiales, actualmente se les insiste en que consideren a los alumnos como sus principales *clientes*. A los educandos se les habla de *experiencias exitosas*, y se les alienta a ponerlas en práctica siguiendo el ejemplo de autores tan irreprochables y trascendentales como John D. Rockefeller y Robert G. Ingersoll, para lo cual se citan algunas de sus frases que vengan al caso.¹

Ahora bien, ¿a quién le molesta que la burocracia gubernamental del sector educativo busque hacer más eficientes sus procesos, optimizar recursos y mejorar la calidad de los servicios que ofrece? A nadie, por supuesto. Pero resulta significativo que los maestros del nivel medio superior perciban salarios miserables, y que a cambio de ello se les exija la excelencia académica. Como resultado, se

han suscitado diversas movilizaciones de protesta.

Por otra parte, cualquiera puede darse cuenta que las autoridades (no sólo educativas) parecen tener la mirada y los ideales firmemente instalados en los Estados Unidos, pero del mismo modo en que un subordinado observa a un admirado y poderoso jefe, así que, de ser cierto, su visión no puede ser sino parcial y maniquea. Esta concepción burocrática parece nutrirse de las lecturas comunes que circulan en el ámbito de los negocios y a las que se ha hecho mención líneas atrás: *best sellers* y revistas para *emprendedores*. El contacto cada vez más estrecho con empresarios mexicanos (para quienes su admiración por los Estados Unidos se limita al ámbito administrativo y gerencial, ignorando deliberadamente las conquistas laborales y prestaciones sociales), y estadounidenses (quienes alaban sinceramente la docilidad y laboriosidad de los trabajadores mexicanos, para no mencionar lo comprensivo que se muestra el sindicalismo oficialista), también es resultado de la formación que la alta burocracia ha recibido en escuelas y universidades de Estados Unidos, con lo cual este país logra que se reconozca su liderazgo en esta parte del mundo, lo que no es poca cosa: frutos de la paciencia.

Esta insistente búsqueda de reconocimiento por parte del empresariado estadounidense, sin embargo, implica evidentes desventajas para el resto del mundo, en general, y para Latinoamérica y México en particular. Entre otras, ya se ha señalado suficientemente que aprovecha las ventajas comparativas para el capital foráneo en regiones y países con alto desempleo, contribuye al estancamiento de salarios y prestaciones laborales, favorece las representaciones sindi-

cales espurias al tiempo que desalienta la organización de sindicatos democráticos, y ha mostrado una continua tendencia para eliminar la competencia nacional, incorporando como administradores, representantes, gerentes, concesionarios o franquiciatarios a los empresarios nativos. En todo caso, éstos bien pueden funcionar como proveedores, siempre que cumplan con los estándares de calidad que fijen las grandes compañías.

Las repercusiones para el ámbito educativo nacional ya pueden verse. Las políticas del sector durante el presente sexenio muestran que el acento se ha puesto en los niveles básicos, en detrimento de la educación media superior, superior y particularmente en la investigación científica y posgrado, sobre todo la que se refiere a ciencias exactas.²

La demanda de educación superior se concentra en carreras administrativas, de turismo, sociales, de comunicación, salud e ingenierías. Además, de no alterarse la oferta de educación superior, es posible prever que, para el año 2000, por lo menos un millón de jóvenes con las capacidades y posibilidades para mantener su ascenso en la pirámide educativa, no tendrán ninguna opción para hacerlo. En el nivel de bachillerato, alrededor del 57 por ciento del grupo de edad correspondiente no tiene acceso a éste, y se ha producido una marcada segmentación social y económica entre las instituciones que atienden la demanda. Su eficiencia terminal se mantiene baja, puesto que solamente cerca del 40 por ciento del total de sus ingresantes puede concluir sus tres años de formación.³

Resulta claro que la oferta educativa institucional no ha logrado atender a la creciente demanda, y cada día lo hace menos. Agréguese a ello los continuos recortes presu-

puestales a todos los niveles, y particularmente en posgrado e investigación científica.⁴ Podrá predecirse sin dificultades que nuestro país incrementará su composición de analfabetas funcionales, desempleados y mano de obra mal pagada.

Este desalentador panorama no parece preocupar a las empresas –mexicanas o no–, pues normalmente están en posición de entrenar para labores específicas a quienes contratan. Aun así, preferirían ahorrarse ese gasto, lo que explica la creciente importancia que desde hace algún tiempo se le otorga a los bachilleratos técnicos. Por eso, tampoco es casual el cambio de tono tendiente a mimetizarse con la jerga empresarial.

Aprender a administrar el tiempo, saber delegar responsabilidades, conocer la importancia de valores como la puntualidad o el respeto, es deseable y necesario, pero parece dirigido a empleados de confianza más o menos bien pagados, poco frecuentes en un mercado laboral como el mexicano, permeado por los abusos hacia el trabajador, los bajísimos salarios, la inestabilidad en el empleo y las crisis económicas recurrente. Educar para adaptarse a estas condiciones sólo contribuirá a perpetuarlas, en beneficio del sector patronal y de los sindicatos blancos.

En todo caso, nada se ha hecho para obligar a los empleadores a que mejoren sustancialmente la calidad de vida de los asalariados, y éstos deben soportar impotentes las exigencias de incremento en su productividad a cambio de mayor miseria, y como alternativa, el desempleo, la delincuencia o la cárcel. En la actualidad, si a todos aquellos que perciben un salario en México se les diera la oportunidad de emigrar a los Estados Unidos o Canadá, el país se convertiría en un páramo desierto al cabo de pocos días.

Quienes ahora se educan bajo este modelo tal vez funcionen bien dentro de la estructura de una empresa, pero estarán dotados de un individualismo feroz, serán poco aptos para organizarse en defensa de sus intereses colectivos, ignorarán cualquier noción de solidaridad y actuarán conforme a la conveniencia de los propietarios. La tendencia a crear seres uniformes e indiferenciados, *estandarizados*, muestra hasta qué grado el Estado mexicano ha sido dominado por la lógica del gran capital, en perjuicio de todos los demás sectores de la sociedad y de una visión coherente y de largo plazo.

Es muy claro que el empresariado nacional no tiene interés en financiar la investigación científica en México, pero favorece la formación de cierto número de técnicos bien entrenados y dóciles. Para proveerse de cuadros dirigentes cuenta con los egresados de universidades privadas, quienes se muestran entusiasmados por el uso de tecnologías y procesos importados, que a la larga colocan en situación desventajosa a los productos y servicios mexicanos frente a la competencia del exterior. Como ya se indicó anteriormente, puede notarse que, salvo algunos sectores bien consolidados, los empresarios nacionales pasan con mayor frecuencia a ser meros representantes de compañías extranjeras.

A esta visión responden actualmente las *novedosas* y *modernizadoras* políticas que implementan las autoridades educativas en los bachilleratos técnicos, en particular, y en el sistema educativo en general. Por eso, no sorprende que personalidades como Arthur Kornberg, Premio Nobel de Medicina en 1959, recientemente haya criticado a las autoridades mexicanas por el duro recorte al presupuesto destinado al campo de la inves-

tigación científica, y señalara que países como el nuestro deben aplicar mayores recursos para impulsar la ciencia y la tecnología, ya que son inversiones a largo plazo.⁵

Lamentablemente, no parece que estas políticas vayan a revertirse, pues el creciente desmantelamiento y el evidente descuido en que se mantiene a las instituciones de nivel medio superior y a las universidades públicas (que se pretende *compensar* con un incremento en todo género de evaluaciones externas) marginan día con día a más sectores de jóvenes mexicanos. Tal vez la intención sea ahuyentar definitivamente al estudiantado mediante los exámenes de selección y el incremento en las cuotas, para entregar, finalmente, la educación a los empresarios.

¿En qué se fundamentan las tendencias comprobables de elevar el gasto por alumno de educación básica, a costa de disminuir el de los niveles posbásicos? ¿No sería importante que la SEP explicara y justificara ante la opinión pública los efectos cuantitativos y cualitativos que estas políticas están teniendo sobre los niveles medio superior y superior? (...) “Si bien las autoridades señalan que el monto total del presupuesto educativo aprobado para 1999 resulta mayor en 1.85 por ciento en términos reales respecto del cierre estimado para el año anterior, es distinto el panorama si el gasto federal ejercido en educación se relaciona con el crecimiento de la población y con el de la matrícula pública, dimensiones esenciales para apreciar su valor real.” (...) Si se dimensiona lo que el gobierno federal gasta en educación con el crecimiento demográfica y con la

expansión de la matrícula atendida, se concluye que en todos los años del gobierno del presidente Zedillo el gasto federal educativo ha disminuido en términos reales, contradiciendo el propósito estipulado en la Ley General de Educación. Así será también, previsiblemente, en 1999.⁶

No obstante, los ideólogos empresariales y los autores de *best sellers* continúan sus ventas al por mayor, incluida la terminología que envuelve todos los reductos sociales y educativos, e impone su imperturbable monólogo despersonalizado de productividad, modernización, liderazgo, competitividad, éxito...

NOTAS

1. Las experiencias exitosas se logran practicando ideas de éxito. Suplemento de casos de éxito, CONALEP, *Cuadernos MAI* núm. 9, p. 12, septiembre de 1998. El hecho de que ahí mismo se incluyan citas de Eleanor Roosevelt y del mundialmente conocido Luis Castañeda –“No tenemos derecho a mandar mientras no aprendamos a obedecer”–, demuestra, una vez más, que no se puede ser cochero sin antes haber sido caballo, y que se puede ser mujer y citable, para lo cual no es obstáculo haber sido la primera dama de los Estados Unidos.
2. DIDRIKSSON, Axel, “La educación en México: modernización sin modernización”, en *Bucareli Ocho, suplemento de El Universal*, 30 de agosto de 1998, p. 14.
3. *Ibid.*
4. Observatorio ciudadano de la educación: ¿Aumentan los recursos para educación en 1999?, *La Jornada*, jueves 11 de febrero de 1999.
5. ESPÍNDOLA HERNÁNDEZ, Jorge, Fustiga Premio Nobel el recorte al gasto en investigación. *El Financiero*, jueves 11 de febrero de 1998.
6. Observatorio ciudadano de la educación. art. cit.